



Algunas reflexiones sobre la emigración de los médicos

Horacio Jinich*

¿Por qué emigra la gente? ¿Por qué emigran los médicos? ¿Por qué emigran los médicos mexicanos? No me cabe la menor duda de que estas preguntas deben haber aguijoneado la curiosidad y aun la ansiedad, de personas y organizaciones, y que han sido objeto de numerosas investigaciones demográficas, antropológicas y sociológicas, las cuales desconozco. No he tenido ocasión de buscar y adentrarme en la lectura de estos estudios, por lo cual todo lo que diré a continuación es producto exclusivo de lo que he visto, oído, imaginado, deducido y sentido. Distaba mucho, por consiguiente, de tener validez científica. Es importante conocer la magnitud del problema. ¿A cuánto asciende el número anual de emigrados? ¿En qué lugares se han establecido? ¿Cuáles son sus especialidades? ¿Cuál es la proporción de los que se encuentran dedicados a actividades académicas y de investigación científica? ¿Cuántos se han repatriado? ¿Cuáles son las causas de tan arriesgada decisión en los que emigran voluntariamente? ¿Acaso la emigración de médicos mexicanos al extranjero está teniendo un impacto negativo, cuantitativo o cualitativo, sobre la atención médica de la población mexicana?

En un artículo recientemente publicado en el *NEJM* del 27 de octubre de 2005, se menciona

que esto es, precisamente, lo que está ocurriendo en países africanos, los cuales están perdiendo “no sólo muchos médicos, sino los mejores”, lo cual está llevando a sus sistemas de salud “al punto del colapso”. El director de los servicios de salud de Ghana dijo que “por lo menos nueve hospitales carecen totalmente de médicos, y otros 10 tienen un solo médico, para un distrito que cubre entre 80,000 y 120,000 personas”. Ghana, que tiene un promedio de seis doctores por cada 100,000 habitantes, han perdido tres de cada 10 de los médicos que se educaron en dicho país, quienes han emigrado a los Estados Unidos, Inglaterra, Canadá y Australia, países todos que tienen 220 médicos por cada 100,000 habitantes. El mismo artículo incluye acusaciones contra la política deliberada de los países ricos, de producir médicos en número suficiente para satisfacer la demanda local. Por ejemplo, los Estados Unidos gradúan 17,000 médicos cada año, aunque requiere 22,000 plazas anuales para 22,000 residentes de primer año. Jamaica ha perdido 41% de sus médicos, Haití 35%, y Sudáfrica, Etiopía y Uganda, 14 a 19%. Seis de cada 10 graduados en Liberia han emigrado a esos países ricos y Zimbawe, Tanzania y Zambia han perdido entre el 20 y 25% de sus médicos (*New York Times*, octubre 27, 2005).

La emigración de los médicos no es un fenómeno nuevo; ha ocurrido a lo largo de la historia y a lo ancho del mundo.

Emigró Galeno, aquél cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de médico. Nacido en Pérgamo en el siglo II de la Era Común, ejerció en esa ciudad su profesión y después emigró a Roma, en

* Division of Gastroenterology UCSD Medical Center. Miembro del Comité Editorial Internacional de la revista *Anales Médicos*.

Recibido para publicación: 14/04/06. Aceptado: 26/05/06.

Correspondencia: Horacio Jinich MD

200W Arbor Drive S.D. Ca. 92103-8413. E-mail: hjinich@ucsd.edu

donde fue médico del emperador Marco Aurelio. Emigra Andrés Vesalio, el padre de la medicina científica. Nació en Bruselas, estudió medicina en Padua, ciudad en la que realizó su magna obra: *De Humani Corporis Fabrica*, y posteriormente ejerció la profesión médica en Madrid, en la corte de Felipe II. Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, conocido bajo el nombre de Paracelso, famoso médico y farmacólogo del siglo XVI, se graduó de médico en Ferrara (1515), viajó por toda Europa, enseñó medicina en Friburgo y Estrasburgo y, sobre todo, en Basilea y para terminar en Salzburgo, donde murió en 1541 en una riña de taberna. Sir William Osler, paradigma de la medicina interna del siglo XIX y principios del XX, fue profesor de medicina en la Universidad de MacGill, en Montreal, Canadá; emigró a los Estados Unidos y fue profesor en la Universidad de Pennsylvania (Filadelfia), en la de Johns Hopkins (Baltimore) y, finalmente, emigró a Inglaterra, como profesor en la Universidad de Oxford.

Sería prudente clasificar en factores económicos, políticos, sociales e individuales, con el fin de explicar la mayoría de las causas de emigración médica.

Factores económicos

No es necesario ser marxista (especie en peligro de extinción) para aceptar que la causa más frecuente de emigración en la historia deba ser de índole económica. El hambre, la necesidad imperiosa de ganar el pan destaca en primer lugar. Es el hambre lo que impele a los habitantes de México, Centro y Sudamérica a emigrar a las ricas naciones del norte del continente; como es el hambre la que ejerce la misma poderosa presión entre los habitantes del Cercano y Medio Oriente que emigran a los países de Europa Occidental.

No es el hambre, pero sí la necesidad de mejorar la situación económica, lo que está detrás de la emigración de profesionistas, en su mayoría médicos, a seguir el mismo camino. Y en este capítulo debemos incluir a los médicos que llegan a los Estados Unidos procedentes de Canadá, las Islas Británicas, la India y otras naciones del Cercano y Lejano Oriente.

Factores políticos

México abrió sus puertas de par en par a médicos y muchas otras clases de profesionistas, científicos, escritores, artistas, etcétera refugiados de la Guerra Civil Española. También recibió a las víctimas de persecuciones políticas en Chile y Argentina. Enriqueció, de esta manera, su acervo intelectual. Los Estados Unidos, más que ninguna otra nación, se han enriquecido dramáticamente en todas las ramas de la cultura, incluyendo las ciencias médicas, gracias a la «fuga de cerebros» que lograron escapar al acoso asesino de los nazis, y continúa dando facilidades a quienes, aun ahora, huyen de las tiranías existentes en no pocas naciones de nuestro mundo actual. Por fortuna, hace muchas décadas que este tipo de factores no han existido en nuestra patria.

Factores sociales

Buscan refugio en los Estados Unidos y otros países quienes huyen de la inseguridad social que afecta a las ciudades de México y otros países de América Latina. El dramático aumento de la delincuencia en todas las ciudades de nuestro país, con robos y secuestros, ha acelerado este fenómeno. Paradójicamente, un número creciente de norteamericanos emigran a México para escapar de la restricción de los derechos humanos y el fundamentalismo extremo que imperan ahora en la vida social de su país.

Factores científicos y académicos

Es un hecho reconocido y lamentable el raquítico apoyo que, hasta hace poco tiempo, en México, podía esperar el médico interesado en seguir una carrera consagrada a la investigación científica. En mis épocas de estudiante, dicho apoyo fue mínimo o ausente, y no faltó el rechazo cruel, como el que sufrió mi persona, en lejanos tiempos, cuando expresé a su profesor de fisiología su interés por dedicarse a dicha rama de la ciencia. Años más tarde, no pude aprovechar la oportunidad de enrolarme en el Laboratorio de Fisiología del Dr. Best (codescubridor de la insulina) no por rechazo, sino por

una cuidadosa contemplación del triste panorama de obstáculos sociales y políticos que probablemente encontrase al retornar a mi país. Aun ahora, el presupuesto nacional dedicado a la investigación biomédica es considerablemente inferior, no sólo al de los países “desarrollados”, sino al de otros cuyos dirigentes están conscientes de la trascendencia de la investigación científica en el desarrollo económico y social de sus naciones. En estas circunstancias, ¿es de extrañar la fuga de cerebros mexicanos al extranjero?

Factores personales

Hasta ahora, me he referido a factores generales que pretenden explicar la emigración de los médicos. Imposible analizar todos los factores individuales: habría que relatar la biografía de cada ser humano, de cada familia de migrantes, con su pequeña o gran tragedia, cada una diferente de las demás. Toda decisión de emigrar es el producto de un drama, de la suma algebraica de múltiples factores, algunos de ellos inconscientes, desconocidos para los propios actores. En algunos casos, es la historia romántica del joven que, en viaje de estudios, se enamora y ya nunca regresa al terruño; en otros, la esposa o esposo extranjero que no se adapta a la sociedad y cultura de México y presiona el regreso de nuevo al extranjero. Como motivo de éxodo podría mencionarse también el desaire sufrido en la institución en que trabaja; la hostilidad del director o el frecuente cambio de autoridades, sobre todo al inicio del nuevo sexenio; las intrigas en el ambiente académico; la política institucional o nacional; la enfermedad; hasta el clima, cuando es adverso. Y, como ya dijimos, más allá, escondidos, desconocidos por el individuo mismo, los factores inconscientes que parecen ser los que ejercen la máxima influencia en las decisiones más importantes de la vida.

Consecuencias psicológicas de la emigración

No deben subestimarse las consecuencias psicológicas de la emigración. Casi nunca están ausentes los sentimientos de culpa y vergüenza; y no tardan

en surgir la nostalgia y el desencanto frente a la nueva realidad. Abandonar el terruño, el pueblo, la ciudad, la patria, no deja de ser sentido como deserción, abandono de los que se quedan: familia, amigos; traición a la lealtad de los pacientes desamparados, expuestos por ese hecho a sufrir alteraciones psicológicas y psicosomáticas y aun peligrosa exacerbación de sus enfermedades. Causa vergüenza la confesión de cobardía, de falta de valor y entereza para enfrentarse a los problemas del lugar y de la ocasión.

Los factores negativos que fueron poderoso impulso para tomar la dramática decisión de emigrar, palidecen con el tiempo, a la vez que se agiganta, en la balanza del alma, el peso de las cosas buenas que se dejaron atrás: los cuates, la familia, las pachangas, el «relajo», la comida, la música, el paisaje, hasta el clima. Alcanza su inexorable final la luna de miel del recién llegado a nuevas tierras; los deslumbrantes beneficios y demás atractivos se vuelven parte de la rutina, triviales, se dan por descontados. La aguja de la balanza se inclina hacia el otro extremo: crecen en importancia las cosas buenas que se han perdido, y los aspectos negativos de la nueva situación, que nunca faltan, se agigantan también. El emigrado siente, mejor que nadie, la dolorosa ilusión de que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Añádase a todo ello: el choque cultural, el dominio nunca perfecto del nuevo idioma (y el serio obstáculo que ello representa en el diálogo entre el médico y su paciente o entre aquél y sus colegas); las diferencias en los valores; los aplastantes problemas sociales que se viven en el vecino país del norte: la desintegración familiar, el libertinaje de los adolescentes y jóvenes, la sobrevaloración de los bienes materiales; la competitividad combativa; el racismo; la devaluación de la fiesta y del ocio constructivo, y hasta la ausencia de esos poderosos lubricantes sociales y burocráticos tradicionales de la patria que se abandonó: el compadrazgo, los amigos «influyentes» y hasta el soborno.

Por último, la fría recepción con que es acogido el emigrado cuando visita su país natal, actitud negativa de quienes se quedaron: coraje, resentimiento, envidia también.